

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

Soria pura

Por culpa de una soriana muy guapa, llamada Felisa, casada con un amigo mío catalán, porque, como ella dice, nadie es perfecto, mi amigo Jordi, su mujer, que también es linda, la mía, de la que no hago propaganda porque no la necesita, y un servidor, nos vimos metidos en una tremenda y alegre fiesta el pasado día 16 de junio. Ni la soriana Felisa ni su marido comparecieron, como la capitana y el capitán araña, alegando deberes paternales.

Esa fiesta es llamada en Soria y aquí la Compra del Toro aunque aquí no se compre, como allá, toro ninguno. Aquí se celebró en el campus de la Universitat de Bellaterra, gentilmente cedido por quien fuera. Nos reunimos unas tres o cuatro mil personas, no todos sorianos, sino mestizos de soriano o soriana con catalana o catalán, y sus hijos, oséase nietos.

Ya escribí que la Compra del Toro cae siempre el 16 de junio. Pero después del jolgorio, comida, baile, juegos y demás, volví a casa con el gusanillo castellano. Y dos días después de San Juan, el 26 de junio, miércoles, ya estaba yo escuchando el Pregón en Soria capital, que viene de Oria o Uria celtibérica, dice mi cuñado Luis Carrandell, que sabe mucho de estas cosas. Por la tarde, me largué a beber al Burgo de Osma. Las carreteras sorianas están cuidadísimas, quién las vio y ahora las ve. La misma variante norte, que rodea Soria capital, es espléndida, y ha evitado la catástrofe de romper el paisaje sobre el Duero.

En el Burgo me asomé a la confluencia de los ríos Ucer y Aviño. ¡Y qué huertas, madre! Luego me di un garbeo por la plaza Mayor, mirando el Hospital de San Agustín y el Ayuntamiento. Ese Osma del Burgo viene de Uxama, ciudad de los arévacos a los que Roma sometió, como hizo con los numantinos, no sin trabajos ni fatigas. De los romanos no quedan en el Burgo más que unas ruinas, arriba; pero me sospecho que hay aquí gente con sangre arévaca: lo digo por las muchachas, que son muy guapas y de buena planta.

Volví, con la noche cerrada, a Soria, a la habitación que me alquilaron casi por misericordia.

Al otro día, el 27 de junio, último jueves del mes, me despertó bullicio de la preparación de la Saca del Toro. Tremenda fiesta, como para poner a temblar a todas las sociedades de protección de animales del mundo. Bien, yo con mi resaca del jolgorio de ayer en el Burgo de Osma y por el mar de las naves. Luego, en las plazas y en



PHILIP STANTON

las afueras de Soria, vi jugar a la rana, metiendo las fichas metálicas, si se podía, en cada uno de los nueve agujeros redondos, amén de la boca de la rana y del también difícil tragadero de las aspas. Yo probé: un fracaso muy digno de recordación. La tanguilla, que en otros lugares dicen la tuta, se juega en un campo de unos 20 o 25 metros de largo, desde la línea de tirada hasta la tanguilla o tuta de madera, plantada vertical, hay 17 metros. Cada tirador dispone de 2 tejos o cilindros muy aplastados de madera, de unos 10 centímetros de diámetro; el que tumba la tuta y queda más cerca de ella suma 10 puntos y el que la tumba también, pero queda más alejado de ella, sólo suma 5 puntos: los que yo, no era mi día.

Digo que no era mi día, porque también me cubrí de oprobio catalán jugando a la calva: la calva es un hierro en forma de L, que puede estar derecha, sobre uno de sus lados, o también en forma de tienda de campaña. Se tira con un cilindro de hierro o de piedra, a elegir, y está situada a 15 metros de la línea de tirada. La piedra o hierro ci-

lindró que se lanza no puede pasar de los 2 kilos de peso. Se juega 3 tiradores contra otros tres: cada derribo es un tanto.

Triunfó con las mujeres, que me dejaron jugar a los bolos: son 9 palos plantados en el suelo, más otro mayor, en el centro, llamado la minga. Cada jugador tiene 3 tiros y la bola es semirredonda y se llama la patata: lo mío. Creo que me dejaron ganar.

El viernes, día 28 de junio, fui a los toros: normal. Luego me retiré a mi habitación alquilada y dormí como una bestia. El sábado día 29 amanecí al mediodía y me fui a Ajes, pero la cosa ya estaba vista para sentencia.

Y el domingo, 30 de junio, carretera y manta: me dejé o me perdí las bailas, pero andaba apresurado. Al pasar debajo del Moncayo, me acordé de Bécquer, en Vivera, y de sus preciosas "Cartas desde mi celda". De Zaragoza a Barcelona, casi un tiro. Pero antes me equivoqué, y me lié en las vueltas de la carretera, jugando con la vía del tren Barcelona-Madrid o viceversa, y con el río Jalón, afluente del Ebro. Debí salir de Soria a la pista de Logroño, es mucho mejor.

Hoy es 2 de julio, y ya estoy acabando estas líneas para que me las publiquen cuanto antes en "La Vanguardia". Pero antes de acabar, vuelvo atrás, a la fiesta soriana de Bellaterra, del pasado 16 de junio, por donde empecé. El campus de la Universitat Autònoma, precioso, y mucha gente, como ya dije al comienzo. No, no había toro ninguno ni para comprar ni para vender. Pero sí había gran alegría y muy buen humor. Comimos allí mismo, en una mesa improvisada. Antes bailamos la sanjuanera, formando una larga fila, dada uno o una con las manos sobre los hombros de quien tenía delante, al ritmo de una marcha casi militar, y bailamos también pasodobles. Los juegos que allí vi son los que luego jugué en Soria. Ah, y las mujeres jugaban a los bolos con sus patatas, pero entre los palos faltaba la minga, quién sabrá el porqué. En las mesas se jugaba al ramiro o remigio, con dos barajas, claro, pero españolas: yo siempre lo jugué con cartas francesas.

Estos sorianos tienen una resistencia numantina, aunque vivan en Cataluña. Hablan todos catalán, si se tercia: me gustan. ¡Ah, olvidaba, en medio de mis derrotas sorianas, y salvo mi triunfo en los bolos, con las mujeres, otro éxito personal, compartido con mi amigo Melendo: formando pareja, les metimos, al dominó, un 36 a 27 a una pareja de sorianos que se presentaron como los campeones de la Casa de Soria en Barcelona. •